

WOLFGANG AMADEUS MOZART

“El pequeño maestro”.

Viena 1791.

Alguien llamó a la puerta. El joven que escribía apresuradamente notas sobre el papel se sobresaltó. Los golpes arreciaron. El joven tomó un gran trago de la botella de vino y abrió. Era un caballero flaco, con antifaz. La capa larga y negra le concedía dignidad.

-¿Tengo el honor de hablar con el famoso **maestro de capilla**?

-Sí, soy yo.

-Una persona destacada, a cuyo servicio estoy, me envía a vos con un ruego.

-¿De quién se trata y que desea?

-El que me envía desea permanecer en el anonimato, pero es un gran aficionado a la música y quiere dedicar a su esposa recientemente fallecida una **misa de réquiem**. Mi señor es un admirador de vuestro arte. ¿Estáis dispuesto a escribir ese réquiem? Podéis determinar vos mismo el precio.

El joven reflexionó un momento.

-De acuerdo, estoy dispuesto a componerlo por 100 ducados. Volved dentro de un mes.

El desconocido sacó despacio una bolsa de debajo de la capa.

-Aquí tenéis los 100 ducados exigidos; cuando entreguéis la obra terminada recibiréis otra cantidad igual. Volveré dentro de un mes.

El joven se puso afanoso manos a la obra. Nunca había escrito una misa de réquiem. Sin embargo, en su entusiasmo se mezclaron pronto pensamientos lúgubres. ¿No habría sido la muerte misma la que le había encargado componer su propia misa de difuntos? Normalmente nadie pagaba por adelantado un encargo. Por la noche se despertaba a menudo angustiado. Escuchaba dentro de sí los sombríos tonos de su réquiem. ¿Debía continuar trabajando en su propia misa de difuntos?

Pasaron cuatro semanas y el personaje vestido de negro se presentó ante su puerta.

-Vengo a recoger el réquiem.

El joven empalideció.

-Aún no lo tengo -balbució.

-Lo habíamos acordado.

-Ya lo sé, dadme otras cuatro semanas, os escribiré una obra magnífica.

-Daos prisa, mi señor está perdiendo la paciencia.

El joven asintió, pero tenía otros encargos para componer óperas que no podía posponer porque las fechas de estreno ya estaban fijadas. El desconocido de la capa aparecía una y otra vez y le recordaba lo prometido. El joven estaba agotado por el duro trabajo en su ópera “La flauta mágica”, pero no podía retrasar más el proyecto del réquiem. Cuando se escribe una misa de difuntos y no se sabe para quién es, se mantiene un diálogo con la muerte. La idea de que no iba a vivir mucho le obsesionaba.

-Siento que pronto no habrá más música -murmuraba-, siento un frío que no puedo explicarme.

Componer le costaba cada día más. Pronto, ataques de vértigo, rigidez de los miembros e inflamación de las articulaciones de los pies y las manos le obligaron a guardar cama. Llamó a su discípulo Franz Süsmayr para que le ayudara a escribir la misa de réquiem.

-Mira Franz, mis dedos no reaccionan; ven, siéntate aquí a mi lado y ayúdame.

Süsmayr pasa horas junto a su maestro y le ayuda en la composición e **instrumentación**. Cuando terminan un pasaje vienen los amigos y lo cantan juntos.

El enfermo va perdiendo fuerzas día a día. Cada vez con mayor frecuencia dice:

-Dejadme descansar media hora y luego continuamos, -cuando el enfermo ha terminado el *Confutatis*, el grito desesperado de los condenados al fuego eterno, hace venir de nuevo a los amigos para cantarlo. Al finalizar cierra la partitura y rompe a llorar-. Os doy las gracias, amigos. ¿No dije que escribía la misa de réquiem para mi mismo? Si no puedo terminarla yo, termínala tú, amigo Susmayer. Y ahora adiós, tengo que descansar un poco. La noche siguiente viene el médico, pero ya no hay nada que hacer, poco después muere.



Mozart



Mozart escribiendo el Réquiem

Salzburgo 1756.

Mozart era un tipo divertido, sabía hablar varios idiomas, que había aprendido en sus extensos viajes por Europa. De los 6 a los 16 años cuando los niños normalmente van a la escuela, Mozart estaba de gira dando conciertos. Sólo pasa 4 de esos 11 años en su ciudad natal, Salzburgo. El resto del tiempo viaja para ser admirado como niño prodigio musical, como un número de circo.

Su padre Leopold, violinista, autor de un famoso **tratado para violín y músico de cámara arzobispal**, es el **mánager** que planea con todo detalle la carrera de su hijo. Organiza conciertos, resuelve a Wolfgang todos los problemas, ordena lo que hay que hacer y da clases a su hijo de las asignaturas más importantes. Wolfgang nunca asistió a la escuela y nunca jugó con otros niños de su edad. Es comprensible que no aprendiera a imponerse y a tomar decisiones. Su principal interlocutor es su padre, el instrumento musical es su juguete.

En aquel tiempo (siglo XVIII) viajar no era ningún placer. Sin duda las penalidades de los viajes constantes contribuyeron a la muerte prematura de Mozart: madrugar, comer a deshora, viento y lluvia, parásitos en cantidades increíbles, el frío del invierno, además las frecuentes roturas de ruedas de los carruajes, los salteadores de caminos, etc. “Estos carruajes la hacen a uno expulsar el alma -refunfuña Leopold durante el viaje-. Los sillones son duros como la piedra, se viaja apoyado con las manos en los cojines y el trasero al rojo vivo en el aire”. No es de extrañar que el joven Mozart enferme a menudo en estos viajes.

De un viaje a Viena vuelve a casa a los 6 años con una erisipela, que hace peligrar su vida; en viajes posteriores enferma de viruela y de reumatismo de las articulaciones, un mal del que nunca se curó del todo. Un tifus le pone al borde de la muerte. Enfermedades más corrientes como catarrros están a la orden del día.

Leopold tenía sus razones para exponer a Wolfgang y a su hermana mayor Nannerl, que le llevaba cuatro años, a estas penalidades. Había reconocido muy pronto el gran talento de sus dos hijos. Para sacar provecho, el ambicioso padre tenía que exhibir las increíbles facultades de sus hijos ante todo el mundo.

Muy pronto reconoció el extraordinario interés por la música del pequeño Mozart, que nació el 28 de Enero de 1756 como séptimo hijo. Cuando Nannerl, su única hermana -los otros cinco hermanos habían muerto prematuramente-, tocaba el piano, el pequeño de 3 años olvidaba sus juguetes, se encaramaba con dificultad al taburete y observaba atentamente el movimiento de sus dedos. Cuando la niña de 7 años terminaba de tocar, él intentaba imitarla. Encontraba con sus pequeños dedos una tercera y se alegraba como un loco; luego intentaba encontrarla en otro lugar del teclado. Había otro juego que repetía todas las noches al ir a la cama. Leopold le tenía que poner de pie en el sillón y entonar con él a dos voces una melodía inventada por el pequeño: “*La rituna fica cafa*” con un texto fantasioso de aire italiano. Al finalizar el niño besaba a su padre en la punta de la nariz y le prometía que cuando fuera viejo le guardaría a su lado en una cápsula de cristal y le honraría, porque para él, inmediatamente después de Dios estaba su papá.

El pequeño tenía gran afán por aprender. Cuando estudiaba algo, fuera lo que fuera, no se dejaba distraer por nada. Si se dedicaba a hacer cuentas, pronto la mesa, el sillón, las paredes e incluso los suelos estaban cubiertos con números a tiza. Para atraer su atención, todos los juegos de niños debían ir acompañados de música. Si se llevaban juguetes de un cuarto a otro, el que no llevaba nada tenía que cantar una marcha o tocar el violín.

Cuando cumplió 4 años su padre pensó que tenía la edad suficiente para aprender las primeras pequeñas piezas para piano. Como hijo de un violinista pronto tuvo entre sus manos un pequeño violín. Cuando se trataba de la música, el rostro de Wolfgang perdía su peculiar aire travieso y alegre y se ponía muy serio. Que nadie se atreviera a bromear con él cuando estaba sentado al piano. Ya de pequeño Mozart se negaba a tocar delante de personas que mostraban desconocimiento de la música. Y más tarde, no había nada que le enfadara tanto como un público distraído.

Una tarde Leopold vino acompañado a casa con un amigo. Su hijo, que entonces contaba con 4 años, estaba sentado en el suelo, manchado de tinta, garabateando con una pluma en el papel.

-¿Qué haces muchacho?- Preguntó Leopold.

-Un **concierto para piano**, ya tengo terminada casi la primera parte.

-Déjame ver, será una buena chapuza- y Leopold le quitó el papel.



Leopold Mozart



Familia Mozart

“Sólo vimos una confusión de notas, la mayor parte de ellas escritas sobre borrones de tinta” relató más tarde su amigo. “Primero nos reímos de aquel disparate. Pero cuando Leopold se fijó un poco más en la composición de su hijo, se puso serio y los ojos se le llenaron de lágrimas enternecidas: “mirad amigo, con que tino y con qué orden está compuesto, lástima que no se pueda utilizar porque es tan difícil que nadie sería capaz de tocarlo”. “Por eso es un concierto” intervino Wolfgang. “Hay que ensayarlo hasta dominarlo. ¿Ves papá? Así tiene que sonar”. Y se subió al taburete y tocó de tal manera que podía reconocerse lo que quería decir con su composición.

Wolfgang mostraba cada día nuevas y extraordinarias facultades. En el cuaderno de notas de Nannerl, Leopold escribió: 25 de enero, tres días antes de su 5º aniversario, 1761, mi joven niño hizo sus primeras composiciones: un *Andante para piano KV 1a* y un *Allegro para piano KV 1b*.

Lo que más le gusta tocar a Wolfgang en el piano es lo que su fantasía le dicta: le gusta **improvisar**. Y no hay manera de apartarle del instrumento cuando empieza.

-Leopold -dice una vez la madre-, son las diez y el chico tiene que irse a la cama.

-Un momento, Anne Marie- ruega Leopold, que observa como Wolfgang intenta con sus pequeños dedos abarcar una octava con precisión y velocidad. “El chico -piensa el padre- no sólo tiene talento, también es ambicioso. Dios nos ha hecho un gran regalo con este hijo. No debo esconder este talento entre cuatro paredes. Salzburgo y todo el mundo han de ver los hijos tan extraordinarios que tengo, mi obligación es enseñárselos a todo el mundo.

Poco después, en carnaval, la familia entera viaja en un coche de caballos a Múnich. Nannerl y Wolfgang tocan con gran éxito delante del príncipe Maximilian. El sueño de Leopold se hace realidad. En los círculos aristocráticos ya se habla del pequeño prodigio de seis años.

El éxito de Múnich anima a Leopold. Al poco tiempo emprende con su familia el camino de Viena, para presentar allí a sus hijos musicales ante la corte imperial. El 18 de septiembre de 1762 los Mozart suben al carruaje. Sus compañeros de viaje, tres monjes, quieren leer misa en un monasterio. Mientras tanto el joven músico sube a la galería del **órgano** y toca tan bien que los monjes, reunidos con otros comensales en torno a la mesa, interrumpen la comida y se precipitan al coro, donde con gran sorpresa descubren tocando el órgano a un niño tan pequeño.

Al día siguiente llegan a la aduana situada en las puertas de Viena. Leopold suspira porque sabe que tendrán que esperar un buen rato. Cuando el cochero para, Wolfgang salta del carruaje, saluda amablemente al aduanero, charla con él sobre su trabajo, le muestra su piano, le invita a su próximo concierto y, por fin, interpreta para él un **minueto** con el violín. El aduanero saluda con mucha cortesía a Leopold, le pide permiso para visitarles en Viena y les deja pasar.

Al volver de Viena, cuando el coche llega delante de la puerta de la casa de los Mozart en Salzburgo, ya les espera allí Lorenz Hagenauer, el propietario de la casa, un hombre bajito y sonriente.

-¡Bienvenidos! -exclama-. Tengo que felicitaros, señor Mozart, si no me equivoco, vuestros hijos han hecho furor en Viena.

-Ya lo creo, señor Hagenauer- contesta Leopold muy orgulloso-. Han sucedido tantas cosas excepcionales que si os lo contara creeríais que son fábulas. Gracias a las noticias del enorme éxito de Múnich, los círculos aristocráticos de Viena estaban alertados y esperaban a mi hijo. Por la noche fui solo a la ópera y oí cómo el archiduque Leopold desde su palco comentaba a unas personas de otro palco que había llegado a Viena un niño que tocaba tan bien el piano que un o no se cansaba de escucharle. Esa misma noche recibí la orden de presentarme en palacio ante Su Majestad, la emperatriz María Teresa. Al día siguiente fuimos conducidos ante la emperatriz y las princesas. Todas quedaron embelesadas con el chico. Wolfgang estuvo muy gracioso, comportándose con tanta naturalidad como si estuviera en casa. Al momento se subió a las rodillas de Su Majestad, le echo los brazos al cuello y la besó con todas sus fuerzas. ¿Qué le parece señor Hagenauer?

-¡No puedo creerlo, señor Mozart!

-Espere, espere, aún hay más. De pronto el chico se quedó quieto y aguzó el oído. En la habitación de al lado sonaba un **cuarteto**. Wolfgang se puso muy serio y gritó: “¡Mal muy mal! ¡Otra vez! Tiene que ser do **sostenido**, ¡do sostenido! Pero, ¿quién toca ahí tan mal?”. Intenté callar al chico con una señal de la mano. La emperatriz se echó a reír y dijo: “El que ahí toca tan mal es el emperador en persona”. En ese momento apareció en la puerta Su Majestad Franz I y dijo sonriendo: “Incluso un emperador no sabe de



Mozart joven al piano



Mozart en la corte

todo muchacho, yo gobierno y tu haces música”. Tras una pausa añadió: “Demuéstranos que sabes tocar sin faltas”.

-”De acuerdo, pero quiero que venga Wagenseil, que entiende de música.” Cuando se presentó el profesor de piano de la emperatriz y sus hijos, Wolfgang le dijo: “Señor Wagenseil, voy a tocar un concierto vuestro, pasadme las páginas”. El chico estuvo magnífico. El emperador, que es un **melómano**, parecía impresionado, pero en broma dijo: “Hijo mio, no tiene mucho mérito tocar cuando se ven las teclas. Un verdadero artista tiene que poder tocar con un pañuelo extendido sobre el teclado.” Wolfgang miró gravemente al emperador. Luego hizo que cubrieran el teclado y para admiración de todos, tocó sin cometer un sólo error. “El chico es un pequeño mago” murmuró el emperador. Y en vista del éxito, Leopold se echa a reír, Wolfgang se lanza a bailar feliz sobre el perqué con la pequeña princesa. Con el ímpetu resbala y se cae. La princesa le ayuda ponerse en pie y él la abraza y exclama: “¡Eres encantadora, me casaré contigo!”.

-¿Es posible señor Mozart?

-No me interrumpa, Hagenauer. Dos días después la emperatriz envía regalos a mis niños. Para Nannerl un vestido de corte, para Wolfgang un traje destinado al archiduque Maximilian color violeta con pasamanería de oro. Con ese traje le han retratado, mirad -Leopold desenvuelve con cuidado un cuadro.

-¡Caramba señor Mozart! Su Wolfgang parece un verdadero príncipe.

-Yo Hagenauer, recibí 100 ducados con el ruego de permanecer en Viena, ya que Su Majestad tenía la intención de llamarnos otra vez. Entretanto los niños fueron agasajados por la nobleza. Todos querían oírles tocar, les venían a recoger con coche y les recompensaban generosamente. Pero antes de presentarse ante la emperatriz por segunda vez, Wolfgang empezó a tener dolores en la cadera y la pierna. Los médicos opinaron que era escarlatina. Tuvo que pasar 14 días en cama. La familia imperial se interesaba a diario por el estado de su salud.



Mozart con el traje regalado por el emperador

Y ¿qué fué luego de Wolfgang Amadeus Mozart?

A mediados de 1771 Mozart emprende un segundo viaje a Italia en compañía de su padre. Cuando regresan un año más tarde a Salzburgo ha muerto el arzobispo Segismundo, que siempre había concedido generosamente permisos a los Mozart. Su sucesor es el severo conde Colloredo, que entiende poco de música. Aunque confirma en su cargo de concertista de la corte a Mozart, no le permite viajar al extranjero.

Durante los próximos cinco años Mozart trabaja bajo pésimas condiciones en la corte arzobispal.

En junio de 1777 Leopold pide permiso para un viaje a París. El permiso es denegado. Entonces el joven Mozart presenta su renuncia, que es admitida “con inclemencia”. Inmediatamente el joven de 21 años sale con su madre para París, para buscar allí una colocación más atractiva.



Arzobispo Colloredo

La estancia en París resulta un fracaso. Aunque Mozart recibe encargos para composiciones, no encuentra una colocación estable. Para mayor desgracia la madre enferma gravemente y muere. Deprimido, Mozart regresa a Salzburgo, donde entra de nuevo al servicio del odiado arzobispo Colloredo, esta vez como organista de corte.

En 1780, Mozart, a sus veinticuatro años, recibe de Múnich el encargo de escribir una nueva **ópera**. *Idomeneo* es recibida entusiásticamente como una ópera “nueva y extraordinaria”. Mozart, que disfruta de la acogida calurosa de la sociedad muniquense, alarga su estancia. Poco después se produce en Viena, a donde le ha citado el enfurecido arzobispo, la ruptura definitiva con Colloredo.

Libre de ataduras, Mozart se instala en 1781 en la casa de la familia Weber en Viena. Su amor juvenil Aloysia se ha casado con un actor, y Mozart establece una relación con Constance, la hermana de Aloysia. En este tiempo el emperador José II, le encarga una “ópera nacional” para el teatro real de Viena. El estreno de *El rapto en el serrallo* es un éxito apoteósico.

Mozart trabaja afanosamente. A su padre le escribe que se halla inmerso en la música y “trata todo el día con ella”. Para muchos de sus coetáneos Mozart es un personaje un tanto infantil y ligero, voluble y caprichoso. Pero cuando se trata de la música, Mozart es apasionado, serio y reflexivo.

Las dificultades económicas han desaparecido y Mozart decide casarse con Constance en 1782, muy a pesar de su padre, que hubiera deseado una muchacha de la buena sociedad para su hijo. Pero desde Salzburgo no puede hacer nada para impedir el matrimonio. Leopold está amargado.

Cuando visita a su hijo en 1785, por primera vez después de la boda, encuentra a Wolfgang de excelente humor: los éxitos se suceden, las editoriales musicales publican sus obras, no le faltan los encargos y tiene numerosos alumnos de piano, algunos de la casa real. Joseph Haydn, que ha entablado amistad con Mozart, a pesar de llevarle 24 años, le dice a Leopold: “Os juro ante Dios que vuestro hijo es el compositor más grande que conozco en persona y por nombre”.



Mozart componiendo

Mozart tiene en la corte un gran admirador de su arte en el barón Swieten, que le apoya con todas sus fuerzas. También el emperador es consciente de la genialidad de Mozart. Cuando durante un banquete en el palacio imperial unos cortesanos critican el comportamiento de Mozart, José II exclama: “Dejad tranquilo a Mozart. Puedo hacer un general a diario, pero nunca a un Mozart”.

El primer fracaso de Mozart en Viena es su ópera *Las bodas de Figaro*, compuesta en 1785. Tanto la nobleza como la corte rechazan la obra porque en ella se denuncia a la aristocracia y sus costumbres inmorales. No es de extrañar que la ópera sea retirada del cartel a las pocas representaciones.

Mozart pierde el apoyo de la nobleza vienesa. A esto se añade que el maestro de capilla imperial Antonio Salieri insiste en que se estrenen primero sus obras, y pospone sistemáticamente la representación de las óperas de Mozart. En el panorama musical vienés aparecen nuevas figuras, y la fama de Mozart, también como pianista de conciertos, empalidece.

En 1787 viaja con Constance a Praga. *Figaro* tiene allí una gran acogida. En todos los salones de baile de la alta sociedad se baila al son de las melodías de Mozart. “No hablan más que de *Figaro*, no rascan, cantan, bailan y silban más que *Figaro*”.

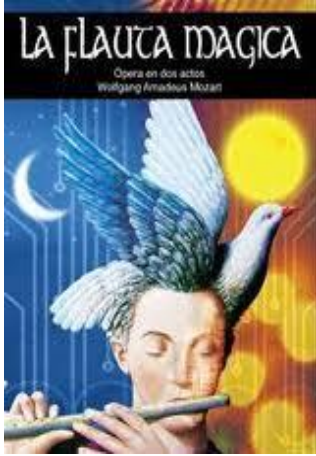
De vuelta en Viena le ofrecen 800 gulden de sueldo como músico de cámara en la corte. En esa función ha de escribir principalmente la música para los bailes cortesanos. Poco después muere Leopold. La muerte de su padre le obsesiona tanto que intenta sublimar musicalmente su difícil relación con él en su nueva ópera *Don Giovanni*. Es comprensible que el público de Praga que asiste al estreno no entienda esta música, mezcla de belleza y horror. Mozart no recibe más encargos en Praga y vuelve a Viena en busca de trabajo. Pero como aquí tampoco se le encargan nuevas composiciones y el número de sus alumnos disminuye, su situación económica se deteriora rápidamente. José II aún le hace un último encargo. Pero poco después del estreno de la ópera cómica *Così fan tutte* muere el emperador. Las óperas bufas desaparecen de los escenarios y las obras de Mozart dejan de ser representadas durante un tiempo.

Los últimos años de la vida de Mozart están determinados por las depresiones y las dificultades económicas. Como pianista de conciertos y compositor de la corte debía de mantener, al fin y al cabo, un cierto nivel de vida: una casa con aire distinguido, vestidos elegantes y criados. Pero parece que su afición por el juego de billar contribuye decisivamente a empeorar la situación. Mozart escribe a un amigo para que le preste cantidades de dinero cada vez más grandes. Al morir, sus deudas ascienden a 3.000 gulden (unos 39.000 euros).

Con la esperanza de poder hacer algo para aliviar sus problemas Mozart viaja en el invierno de 1790/91 a Frankfurt, donde se celebra la coronación del emperador. Empeña toda su plata para financiar el viaje. Pero el

concierto que da para la alta nobleza no tiene consecuencias visibles. Ahora que la fortuna le abandona recibe el apoyo moral de sus hermanos de la **logia masónica**.

Por razones de salud Mozart rechaza un contrato para un concierto en Londres y una invitación a Amsterdam. El reuma y los dolores de cabeza, síntomas de una grave dolencia renal, le hacen sufrir. Mozart se refugia en su casa, en el cuarto de música, donde trabaja de nuevo en su ópera *La flauta mágica*, que le ha encargado su amigo, el actor y director Schikaneder. Un nuevo encargo interrumpe este trabajo. Leopoldo II, el nuevo emperador, desea que Mozart componga una ópera seria con motivo de su coronación como rey de Bohemia en Praga. Mozart compone la obra en menos de tres semanas. Como no obtiene el éxito esperado, regresa en septiembre decepcionado y agotado a Viena.



Poco después se estrena en esta ciudad con éxito extraordinario *La flauta mágica* bajo la dirección del autor. Ya durante la composición de esta obra se alternan en Mozart los estados de euforia y las premoniciones de muerte.

Un día se presenta un desconocido en su casa para encargarle un réquiem, y Mozart ve en él un mensajero de la muerte. A pesar de ello acepta el encargo, pero no llega a terminar su Réquiem. Su discípulo Süsmayr llevará a cabo más tarde las partes inacabadas siguiendo las instrucciones de su maestro Mozart.

En la mañana del 5 de diciembre de 1791 muere Mozart, sin llegar a cumplir los 36 años, dejando a Costance viuda con dos niños.

Como no había dinero, Mozart es enterrado en la fosa común, el lugar de entierro de los pobres. Los pocos amigos que han acudido al entierro emprenden el regreso a medio camino debido al mal tiempo, de modo que nadie sabe dónde reposa uno de los más grandes compositores de todos los tiempos.

AUDICIONES RECOMENDADAS.

- Sonata para piano alla turca. Kv 331 en La Mayor.
- Concierto para piano nº21. Kv 467. 2º Movimiento Andante.
- Sonata en Do Mayor para piano. Kv 545.
- Sinfonía nº40 Kv 550 en Sol menor. 1º Movimiento.
- Ópera “La flauta mágica” Kv 620. Obertura y el aria de la reina de la noche.
- Concierto para clarinete. Kv 622 en La Mayor. 2º Movimiento Adagio.
- Réquiem. Kv 626. Introit, Confutatis, Lacrimosa.